

Frank Moya Pons**

El objeto de la historia es el estudio de las sociedades humanas y de los grupos sociales en evolución. La historia no trata de individualidades porque sencillamente no hay seres humanos aislados. El estudio de la vida de determinados individuos, esto es, la biografía, solamente tiene sentido cuando se refiere a un contexto social más amplio que la contiene y cualifica otorgándole un valor y una función social específica, con lo que entonces se convierte en campo de estudio del historiador.

Este sencillo hecho: el que las sociedades son el campo de estudio de la historia, nos obliga a buscar cuáles son los fundamentos de la vida social y cuáles son los factores que intervienen en la integración, estructuración o dinámica de las sociedades humanas.

En términos sociales, la conducta humana puede ser estudiada en función de la lucha por la satisfacción de las "primeras necesidades" pues hay requerimientos básicos en la vida de todo ser humano y de todo grupo social sin cuya satisfacción la vida organizada no es posible.

* Estas reflexiones, elaboradas hace más de veinte años, son parte del pensamiento histórico del autor y han circulado solamente de manera reducida entre algunos estudiantes.

** Doctor en historia. Ha sido profesor de historia de América Latina y de historia del Caribe en Columbia University y University of Florida. Actualmente es profesor-investigador del Instituto de Estudios Dominicanos de la City University of New York (CUNY).

ESTUDIOS SOCIALES 106

De manera, pues, que un primer punto de partida para tratar de entender las sociedades es inquirir acerca de lo que los hombres hacen para satisfacer su primera necesidad que es la de la supervivencia física.

Lo primero es comer, lo segundo es alojarse y lo tercero es vestirse. Vistas así las sociedades humanas, nos encontramos con el crudo hecho de que su permanencia y conservación, así como su organización, dependen de la capacidad de sus miembros para alimentarse y protegerse. Así sencillamente encontramos que solamente a través del trabajo pueden los hombres producir lo que necesitan para su subsistencia, pues tan trabajo fue el merodeo del troglodita paleolítico recolectando frutas y semillas, como lo es la jornada de ocho horas del moderno experto en computadores de una fábrica de California.

Ahora bien, desde la horda cavernícola hasta las modernas compañías multinacionales los hombres se organizan para el trabajo y para la producción pues el sostenimiento del grupo exige siempre una tarea colectiva. Desde los primeros tiempos hasta hoy nos encontramos con sencillas reglas de que la organización requerida para el desempeño de ciertas tareas viene condicionada por la naturaleza de la tarea a realizar. Así, en tiempos prehistóricos, los hombres se organizaban en forma diferente cuando salían de caza en busca de carne a cuando se disponían a criar ganado o a sembrar o a producir cerámica, cestería, viviendas u otros objetos necesarios para la tribu, o más modernamente cuando empezaron a intercambiar objetos producidos por un grupo que eran necesitados por el otro, o cuando trabajaron para producir metales u obras de arte.

De aquí se desprende que la naturaleza de los recursos a explotar exigió y todavía exige de las sociedades humanas diferentes respuestas organizacionales, con lo que observamos que la diferenciación social parece ser una función de la diversidad de los esfuerzos productivos. Una sociedad de pescadores funciona en forma diferente de una de agricultores, y éstas se diferencian igualmente de las sociedades industriales pastorales, mineras o mercantiles.

En otras palabras, todo grupo humano cuenta para su supervivencia con la disponibilidad de un cierto tipo de recursos de cuya explotación, conforme a las habilidades de sus miembros, depende en gran medida de la forma en que ese grupo humano se organiza para

LA HISTORIA:TEORIA Y METODO...

asegurar el alimento, el vestido y el alojamiento de sus miembros. La calidad de esos recursos varía, y con ella varían las manifestaciones generales de las sociedades. Por eso son también tan diferentes las sociedades esquimales de Alaska de las tribus nómadas del desierto o de los grupos de la selva o la sabana o la sabana africana.

En adición a lo anterior, resulta también que los recursos de que disponen las sociedades humanas, además de ser diferentes, también son más o menos abundantes y su utilización o explotación depende en gran medida de su accesibilidad, pero también de las capacidades tecnológicas de sus miembros para aprovecharlos. Normalmente los recursos son escasos, ya sea porque hay pocos o porque los hombres no son capaces de aprovecharlos, todo lo cual contribuye a asignarles un cierto valor que los hace más o menos deseables en virtud de su necesidad o uso. Esa asignación de un valor especial para cada grupo humano es lo que los convierte en recursos económicos.

La supervivencia obliga a los hombres a organizarse para el trabajo, y para la producción y la distribución de bienes, pero también los lleva a organizarse para la posesión de los bienes debido al carácter escaso de los recursos económicos. Como el impulso hacia la posesión es general, pues en él va la garantía de la supervivencia, la lucha por los recursos económicos aparece tan pronto comienza la producción y continúa a todo lo largo de la cadena distributiva en un proceso sumamente complicado en que cada uno de los individuos del grupo pone en juego lo mejor y lo peor de sus habilidades innatas y adquiridas en su empeño por retener la mayor cantidad posible de bienes.

Este proceso se caracteriza por la desigualdad de los resultados pues no todos los individuos son iguales ni en sexo ni en fuerza ni en edad ni en inteligencia ni en sus capacidades adquiridas, con lo que llegamos al punto en que presenciamos que la distribución de los bienes no siempre es igual en las sociedades humanas y que éstas aparecen divididas en grupos sociales relativamente segmentados o estamentados en permanente competencia uno con el otro. Cada sociedad, en el curso del tiempo y conforme a su propia evolución, va adquiriendo su propia fisonomía estructural que se expresa en la aparición de clases, castas y grupos de intereses de la más variada naturaleza actuando en constante interrelación unos con los otros y con su medio ambiente natural y social, pero siempre orientados hacia su supervivencia.

ESTUDIOS SOCIALES 106

A la desigualdad social llegan los hombres a través de un proceso de competencia, de lucha y de conflictos que exige de ellos nuevas formas de organización orientadas hacia el saqueo o el despojo o la acumulación o la propiedad, o hacia la conservación de los bienes a través de la colaboración social o de la neutralización o la eliminación de los competidores. Estas son formas de organización social de naturaleza política, pues la lucha por la supremacía dentro del grupo para asegurar el control y distribución de los recursos disponibles es a lo que se le llama lucha política.

En la lucha política se resumen y se condensan todos los impulsos de la sociedad por asegurar su supervivencia, tanto en términos de cohesión interna como para enfrentar peligros exteriores. Así como compiten los individuos dentro de un grupo social para apropiarse los bienes disponibles, así también compiten los grupos sociales y las sociedades entre sí. En su empeño por regular la expresión de la lucha política, de asegurar el orden interno y de preservarse de amenazas externas las sociedades se organizan de muy diversa manera, por ejemplo, en clanes, tribus, naciones y Estados y elaboran teorías jurídicas y sistemas legales que sus miembros aceptan por imposición o por consenso.

El conflicto es permanente entre los individuos, los grupos y los Estados. La lucha política requiere un esfuerzo adicional por parte de cada uno de los elementos envueltos en ella para legitimar y justificar su participación en ella. El empeño por la legitimación del poder político, por la preservación de la posición social y por la perpetuación del control económico exige la manipulación de todos los mecanismos y contenidos de la comunicación humana. La organización para la comunicación se impone a través de la creación de las ideologías y de su control y utilización.

Así pues, cuando examinamos la conducta humana a través de sus esfuerzos de adaptación al medio ambiente natural y económico en su empeño por asegurar la supervivencia del grupo social, y tratamos de esquematizar ese proceso de adaptación, podemos señalar la existencia de varios niveles de manifestación que expresan la búsqueda por la satisfacción de necesidades primarias comunes a toda sociedad. Y encontramos que esos varios niveles se entrelazan uno con el otro en una especie de condicionamiento acumulativo, en el cual lo que acontece

en un nivel de organización social influye el acontecer del nivel sucesivo inmediato.

Entre el acontecer económico, la organización social, la lucha política y el control ideológico existe una trabazón tal que su separación sólo es posible en forma conceptual y para fines de análisis. Hay toda una unidad en la vida social que opera en esos cuatro niveles y que los mantiene en una perpetua interrelación dinámica, cuyas variaciones a través del tiempo la convierten en objeto de estudio de la historia. Como se vé, la Historia tiene el mismo campo de estudio de la Sociología y la Antropología, pero en una dimensión temporal diversa y con una intención de integración diacrónica que esas ciencias no poseen.

Esta teoría de la vida social es muy simple y ha sido elaborada partiendo de una constatación empírica de la realidad social. Resumida ésta teoría podría enunciarse diciendo que en curso del tiempo las sociedades humanas se organizan para la producción y distribución de los bienes que necesitan para la supervivencia, y que en ese proceso de organización surge una estructura social específica a cada sociedad debido a la particularidad de la lucha por el control y aprobación de los recursos económicos disponibles que al variar en naturaleza y cantidad en cada situación dada también influyen en la particularización de las diversas estructuras sociales y grupos humanos. Esa lucha por la apropiación de los recursos refleja un conflicto permanente que se traduce en nuevas formas de organización de carácter político que, a su vez, exigen el desarrollo de nuevos modos de control de la comunicación para justificar o legitimar la acción política.

El conflicto entre los diversos grupos sociales, ya sean éstos clanes, tribus, castas, clases o naciones, expresados en el tiempo, se convierte así en el elemento clave de la historia social, pues es a través de su constatación y explicación como puede el historiador descubrir las causas que han operado en la producción del cambio social. De ahí la importancia de una teoría del conflicto pues éste es el elemento que con más facilidad nos permite detectar en todas las instancias y niveles de la vida social los factores que están incidiendo activamente en la ocurrencia de los acontecimientos. La importancia de esta cuestión es tal que se podría decir que sin conflicto no hay historia, así como no hay historia sin conflicto.

Las sociedades humanas son agrupaciones biológicas con necesidades fundamentales que una vez salisfechas hacen posibles las demás formas de vida civilizada. Los hombres no han podido emanciparse totalmente de su condición natural, a pesar de los avances de la civilización y la cultura, y por tal razón el historiador debe estar atento a la ecología de la dinámica social para poder entender las más sutiles formas de la articulación grupal en función de la satisfacción de sus necesidades.

Acepto el argumento de que el Hombre es fundamentalmente un ser de naturaleza espiritual y de inteligencia racional cuyo mundo interior está orientado hacia esferas superiores del universo. En el curso de su evolución el Hombre tiende hacia la realización superior del espíritu, tanto individualmente, como colectivamente. Pero la realidad de éste fenómeno que se expresa en las manifestaciones culturales, artísticas y religiosas, tiene lugar dentro de un contexto material insoslayable que mantiene inmerso al Hombre en el medio ambiente físico y lo ata a impulsos biológicos que deben ser satisfechos y a necesidades de civilización sin cuya satisfacción la vida se le hace insoportable.

Con esta teoría de la dinámica social el historiador puede enfrentar el pasado con intención de explicarlo coherentemente y de la manera más aproximada posible. Como del pasado quedan restos dispersos que el historiador va reuniendo, en un esfuerzo supremo para lograr una cierta integración, puede decirse que la historia es la reconstrucción de lo que fue, a partir de los desechos que quedan y nos señalan a penas fragmentariamente lo que ya no es, pero que alguna vez fue de una única manera. Por eso la Historia es, primordialmente, reconstrucción, y la tarea del historiador es labor arquitectónica que consiste en reconstruir un todo orgánico a partir de los indicios que quedan en esos restos del pasado que se reconocen con el nombre de documentos y fuentes históricas. Esa reconstrucción, desde luego, debe tener un sentido, debe mostrar coherencia y vitalidad suficientes para que reflejen la vida de la sociedad que el historiador está tratando de reconstruir. Porque, a fin de cuentas, las sociedades son algo vivo y la Historia, si quiere ser ciencia, debe reflejar esa vida de la manera más aproximada que sea posible.

Esta aproximación implica verosimilitud. Lo que el historiador construye y presenta como el pasado tiene que ser algo que dé la

LA HISTORIA: TEORÍA Y MÉTODO...

impresión de que eso que él dice pudo haber ocurrido realmente. Y para garantizar que esa verosimilitud no es ficticia -porque también las novelas y otras obras de ficción son verosímiles- el historiador debe probar sus afirmaciones, sus interpretaciones y su reconstrucción mostrando con claridad cuáles son las fuentes y documentos que le han servido para afirmar que las cosas ocurrieron como él dice.

Cuando el historiador prueba lo que dice, entonces afirma que su historia es objetiva. Esto quiere decir que el objeto de su estudio corresponde a su narración, a su versión de los hechos. Sin embargo, la objetividad en historia es algo sumamente difícil de lograr. Porque cuando el historiador decide reconstruir un período histórico pone en juego, a veces sin saberlo, una serie de procesos psicológicos que condicionan su trabajo. Él es un hombre de carne y hueso, con una personalidad definida, con una concepción del mundo propia, con una educación y una formación específica y con intereses tan suyos como diferentes de los de cualquier otra persona. De ahí que su trabajo de selección de las fuentes está condicionado, primero que todo, por estas particularidades.

La objetividad, por otra parte enfrenta otra limitación adicional cuando el historiador, que ya viene con sus prejuicios, encuentra que las fuentes con que va a trabajar son insuficientes porque no todo lo que ocurrió en el pasado ha quedado debidamente registrado y aparecen grandes vacíos en la documentación disponible. Frente a esta situación, que es más común de lo que se piensa, el historiador tiene dos caminos: o hacer inferencias y analogías que le permitan suponer lo que pudo haber ocurrido, o acentuar su búsqueda por nuevas fuentes que le permitan completar el cuadro que trata de reconstruir.

En cualquiera de los dos casos, el historiador siempre saldrá con un juicio parcial de lo que busca porque aún en el supuesto de que contara con todas las fuentes disponibles sobre un proceso dado, siempre quedará el hecho de que su personalidad, su formación y su ideología condicionarán su examen de las fuentes haciéndole emitir juicios más o menos parciales. De ahí que toda reconstrucción histórica implique, en un sentido o en otro, una limitación y, por lo tanto, una percepción incompleta del pasado, una reconstrucción llevada a cabo desde una perspectiva particular, que es la que la disponibilidad de las

ESTUDIOS SOCIALES 106

fuentes o la personalidad del historiador imponen a todo aquel que trata de entender el pasado.

De ahí la imposibilidad de llevar a cabo una "historia total" o una historia definitiva. Y de ahí, también, que toda historia sea siempre incompleta, inacabada y segmentada. La historia total es sólo un ideal. Ni siquiera es una posibilidad porque para que fuese posible sería necesario que el historiador tuviera a mano absolutamente todas las fuentes y dispusiera de una versión cabal de todos los hechos y acontecimientos que tuvieron lugar, minuto a minuto y persona por persona, durante el período que él estudia. Y ésto, como es obvio, no es posible, porque entonces re-crear esa historia tomaría por lo menos tanto tiempo como los mismos hechos tardaron en producirse, lo que quiere decir que la acumulación de los tiempos múltiples de los múltiples acontecimientos que tuvieron lugar durante un período dado haría irrealizable el ideal de una historia total.

Por eso, el historiador está obligado a la selección, no sólo de las fuentes sino de aquellos determinados aspectos significativos del pasado que, por su importancia para la comprensión del presente, resultan relevantes. De ahí que se diga comúnmente que cada época y cada sociedad tienen su propia historia. Y es que el historiador, cuando trabaja a conciencia, busca en el pasado las raíces del presente, las causas explicativas lejanas que permitan entender por qué las cosas son como son y por qué la sociedad en que él vive ha llegado a ser como es.

En esta labor el historiador busca explicar cómo se produjeron los hechos y, haciéndolo, encuentra el por qué de los mismos. Se ha dicho en ocasiones que en la Historia el por qué de las cosas es su cómo. Y es que la casualidad histórica, esto es, la razón explicativa de los hechos, está dada en la producción de ellos mismos. El historiador explica un hecho mostrando cómo se produce.

La Historia, pues, explica el pasado a través de la reconstrucción de los hechos y la forma más aproximada posible, pero esa reconstrucción nunca es cabal y siempre es susceptible de ser ampliada, profundizada y completada. Como esa reconstrucción la lleva a cabo una persona de carne y hueso, con sus prejuicios, sus intereses y sus pasiones, en toda historia hay siempre un elemento de interpretación, de valorización y de juicio.

LA HISTORIA: TEORÍA Y MÉTODO...

El historiador interpreta, valora y juzga desde que comienza su trabajo hasta que lo termina. Valora cuando tiene que decidir cuál de las fuentes disponibles va a usar. Juzga cuando tiene que escoger entre uno y otro hecho, entre uno y otro proceso para destacarlo más o menos claramente. Interpreta cuando tiene que explicar, a partir de evidencias escasas, el devenir de los acontecimientos y cuando tiene que escoger un contexto significativo que, a su juicio, ofrezca un sentido para encontrar aquel pasado que es su campo de estudio, las causas del presente que le ha tocado vivir.

Ahora bien, estas consideraciones sobre la función y los límites de la historia donde sólo sirven al historiador para saber qué puede hacer con las fuentes que le son accesibles, pero todavía tiene ante sí la tarea de enfrentar esas fuentes conforme a un método de investigación que surja de la teoría social enunciada anteriormente. Acerca de este método quiero hablar inmediatamente, pues la buena explicación histórica depende tanto de la buena teoría social que el historiador posee como de su capacidad para desentrañar la realidad histórica contenida en los documentos, y presentarla a sus lectores en forma objetiva y verosímil.

Si partimos del supuesto de que la sociedad se desenvuelve a través de varios niveles de acontecer -el económico, el social, el político y el ideológico-cultural-, yo creo que entonces lo que debe hacer un historiador que desea llevar a cabo una reconstrucción histórica cabal, es tratar de establecer los condicionamientos fundamentales de cada uno de los niveles de la vida social, partiendo de aquel que se presenta como el de importancia decisiva en la causalidad de los acontecimientos.

Creo firmemente que los condicionamientos generales de la vida social residen en última instancia en la articulación de la vida económica. Observe, por favor, que estoy hablando de la vida social o grupal, este es, de la existencia dinámica productiva y conflictiva de grupos humanos envueltos en una cadena laboral y creativa en favor de la supervivencia. Son los grupos humanos lo que hacen la Historia y forman el sujeto de la Historia, pues toda historia es historia social, y en ella las individualidades sólo tienen sentido en función de la marcha general de las sociedades que las contienen aceptándolas o rechazándolas.

De ahí, pues, que en su esfuerzo por reconstruir y explicar una sociedad pasada, el historiador debe estudiar, antes que cualquier otra cosa, aquellos constituyentes materiales que condicionan la vida económica, esto es, los recursos naturales, la ecología, los recursos económicos, la disponibilidad tecnológica, las riquezas producidas hasta la fecha y las fuentes de recursos inmediatas y más importantes. Un inventario de recursos naturales, de la tecnología y de la mano de obra y del capital, es necesario para proseguir el análisis del acontecer económico.

De ahí el historiador debe pasar a registrar la existencia de los diversos grupos de intereses que controlan o poseen los recursos disponibles, ya sean éstos naturales, humanos o económicos. Y acto seguido el historiador debe buscar establecer las relaciones que existen entre estos grupos entre sí para determinar dónde y cómo operan los mecanismos de control y dominación en la preservación del orden socioeconómico existente.

Las interrelaciones de los diversos grupos de intereses expresan siempre la existencia de conflictos. El estudio de las diversas formas del conflicto social y de las respuestas organizacionales de la sociedad es lo que nos proporciona la clave para entender cómo se produce el cambio social. La comprensión del cambio social pasado es la meta del historiador pues es en virtud de la singularidad de ese cambio que la sociedad que estudia ha llegado a ser lo que es, y en función de la Historia referir la dinámica del cambio social actual a sus raíces.

Una buena historia debe ser capaz de lijar el presente con el pasado de tal manera que uno sea la consecuencia del otro. La historia que tiene sentido es aquella que hace sentir al lector la continuidad de los acontecimientos pasados en forma tal que el presente aparece como una consecuencia necesaria de aquellos. Por eso, en la explicación del acontecer histórico el historiador debe mostrar aquellas realidades conflictivas cuya persistencia y duración todavía actúan en el presente, al tiempo que señalan cómo dejaron de operar otras realidades cuando se extinguieron los ingredientes del conflicto que servía de motor del cambio social. Esta habilidad requiere de una intuición para el pensar histórico, sin la cual no es posible reconstrucción objetiva del pasado.

LA HISTORIA: TEORÍA Y MÉTODO...

Volviendo al conflicto, debemos observar que su comprensión sólo es posible si se comprenden las causas que lo producen. Aunque socialmente hablando, los condicionamientos económicos son de importancia capital, no es menos cierto que la lucha política expresa el nivel más complejo de la dinámica social en el cual la personalidad humana juega un papel sumamente importante. Podría decirse que los hombres son menos capaces de actuar libremente cuanto más económicamente condicionados se encuentren o cuanto más influidos por los hechos del nivel económico estén.

En el nivel de la acción política, la personalidad humana se mueve con mayor libertad pues buena parte de ella discurre a través de la comunicación social, nivel éste en donde la mente, la inteligencia, las emociones y las ideas se expresan con posibilidades creativas más amplias. Por eso en la explicación del acontecer político, el historiador debe conjugar nuevas ópticas en el estudio del fenómeno humano integrando en su búsqueda la explicación del hecho histórico los aportes empíricos de las demás ciencias sociales. La Ciencia Política, que quiso ser un campo de saber independientemente de las demás ciencias sociales, ha venido a descubrir recientemente que la explicación de la conducta política no es posible hacerla si no es conjugando los descubrimientos de todas las ciencias del hombre.

Mientras en la reconstrucción de los hechos económicos y sociales el historiador puede restringir su método al de la Economía, la Sociología y la Antropología, en el nivel del acontecer político el historiador no puede escapar al hecho de la complejidad de la conducta humana expresada en un contexto en donde se pone en juego todos los resortes de la personalidad. Y es por eso que en este nivel su explicación debe ser altamente totalizadora. Quiero repetir que la lucha política resume y refleja la totalidad de los impulsos conflictivos que se acumulan dinámicamente en los niveles económicos y social de la actividad humana.

Solamente cuando estos tres niveles -el económico, el social y el político- han sido debidamente interpretados y explicados en su interrelación dinámica en la producción de un hecho dado, es cuando el historiador puede decir que ha podido reconstruir el contexto en el cual las demás manifestaciones del espíritu tienen lugar. Y es a partir de aquí, de donde deben partir las reconstrucciones y explicaciones de

ESTUDIOS SOCIALES 106

acciones humanas o hechos históricos en los niveles cultural, ideológico y espiritual.

Quiero dejar sentado claramente que hasta aquí sólo he estado exponiendo una teoría de la organización social, una concepción de la función y los límites de la Historia y una metodología general de la reconstrucción y explicación histórica, y en ningún momento he querido dar a entender que la economía, la organización social y la política discurren independientemente de la cultura, las artes y la religión. Lo que he querido mostrar, es el marco material dentro del cual esas manifestaciones superiores del espíritu humano tiene lugar y el método por el cual ese marco puede ser explicado como un hecho histórico.

Hay impulsos básicos que mueven la personalidad humana y que, considerados en conjunto y vistos socialmente, deben ser considerados igualmente por el historiador como poderosas fuerzas componentes del conflicto. Me refiero a la codicia, al miedo y al sexo.

En la interioridad íntima del individuo estas fuerzas pueden ser controladas y, de hecho, lo son normalmente gracias al influjo de la religión, la moral y la civilización. Pero expresadas en la totalidad del cuerpo social como la suma de las pequeñas expresiones individuales no controladas, estos tres ingredientes proporcionan la más explosiva de las mezclas que la sociedad puede generar.

El historiador debe ser realista y no perder de vista que, aun cuando el amor y la generosidad pueden mover y, de hecho, mueven a casi la totalidad de los seres humanos en numerosos actos de su vida diaria, no es menos cierto que la necesidad de sobrevivir pone en juego permanente aquellos tres impulsos radicales y los convierte en la raíz última de la energía social precariamente organizada.

La codicia es el impulso humano radical que empuja al hombre a la adquisición para la preservación de su ser individual. Es la fuerza que lo lleva a acumular en detrimento de los demás, aún después de que sus necesidades han sido satisfechas. Es el empeño de ser en detrimento de los demás. Es la raíz de la explotación y de la desigualdad sociales.

El sexo es el impulso humano radical que empuja al hombre a actuar para seguir siendo aún después de que él como individuo haya

LA HISTORIA:TEORIA Y METODO...

dejado de ser. Es la fuerza que lo lleva a la continuación de sí, a la preservación de su ser biológico y que instintivamente hablando lo mantiene atado a los requerimientos animales.

El miedo es el impulso humano radical que empuja al hombre a la acción para no dejar de ser y lo fortifica en el ejercicio de su voluntad de autoafirmación. El miedo a no ser lo que él cree que es obliga al ser humano a actuar incesantemente para trabajar y no morir de hambre, para combatir y no perder lo adquirido, para pelear y no perder la hembra, para luchar y conservar la honra.

La codicia, el miedo y el sexo son los tres vectores fundamentales de la acción humana y se expresan desde las formas más sutiles, sofisticadas y complejas hasta las más groseras. Su presencia es permanente en toda acción humana individual y social y su expresión se expresa continuamente en el yo del individuo y en la vida de toda colectividad humana, ya sea ésta un clan, una tribu, una clase social o una nación.

Sin la debida atención a estos tres elementos claves, la vida social pierde mucho de su sentido pues ellos son, al mismo tiempo que impulsos radicales, modos de expresión de la conducta humana. Los individuos y las naciones aman, temen y acumulan para ser, para seguir siendo y para no dejar de ser. La mayor parte de las veces la explicación última de las acciones humanas -y de los hechos históricos- puede encontrarse en la expresión de estos tres impulsos básicos, que son comunes a todo tipo de humanidad.

Socialmente espesados ellos sirven para entender la razón de ser de la vida económica, de la organización social, de la lucha política, y de la justificación ideológica, de la comunicación humana, de la manifestación artística y de la religión. Sin tenerlos en cuenta, el historiador puede intentar reconstruir una sociedad determinada, pero su labor sólo arrojará un dibujo esquemático y sin vida de lo que realmente ocurrió en el pasado, pues en aquel entonces los hombres se comportaban de la misma manera como se comportan hoy.

Santo Domingo, 1976